

y se queda uno rezagado ó cae en medio del camino, entonces todo se vuelve puñetazos y puntapiés, que no los descarga tan fuertes un cabo de vara. He visto al capitán de una compañía, uno de cuyos soldados estaba enfermo y apenas podía andar, y como él creyera que aquello era fingido, le hizo ir delante á empujones y patadas por espacio de media milla hasta que rodó á un foso y allí reventó. Es cosa de volverse loco. Y á veces dan también sablazos de filo. No hay compasión, amigo. El soldado es una bestia; conque prepara la espalda y la cara. Y al que se rebela, ó le meten en un calabozo para que se lo coman vivo los ratones, ó lo envían á una compañía disciplinaria donde le muelen los huesos á palos. Y si tienes la desgracia de enfermarse, no te digo más sino que todo el mundo sabe lo que son los hospitales militares. Si no te curas cuanto antes, te dan pasaporte para el campo santo como dos y dos son cuatro, porque, enténdelo bien, no quieren mantener gente inútil. He visto compañeros míos tendidos en aquellas camas, con los ojos vidriosos y la cara de color de cera. Es cierto que te puede tocar la suerte de ir á la guerra. Entonces tus superiores se calzan con un grado y tú dejas las tripas en medio de un campo, si antes no te toca ponerte en fila con una docena de camaradas y tener que pegar un balazo en la espalda á algún amigo tuyo condenado por «haber abandonado su puesto enfrente del enemigo.» Créeme, es una vida de presidiarios. Para resistirla se necesita no tener sangre en las venas. Quisiera poseer tantos escudos cuantas han sido las veces que he visto á compañeros míos arrancar con los dientes el lienzo del catre ó echar mano á la bayoneta para clavársela en la garganta. Lo que es yo, y no lo digo por desanimarte, pues no sería acción de caballero, iría á presidio, consentiría en pudrirme en una cárcel, hacerme salteador de caminos, dejar

que me ahorcaran en medio de una plaza, antes que volver á ser soldado. Si me volviesen á llamar, tomaría el camino de Francia ó de Suiza. ¡Se han ido tantos! ¿Qué quieres? No me creo nacido para recibir puñetazos, puntapiés y sablazos, y en último resultado, preferiría que un carabinero en la frontera me disparase un tiro en medio del pecho, que al menos no sería más que un balazo, á que mis compañeros, mandados por el ayudante mayor, me descargasen doce por la espalda. Conque ánimo y andando. En suma, son cinco años..., cinco años larguísimos en verdad; pero cinco años no son la vida.

VIII

Al día siguiente, Carlos y Camila se reunieron á la puerta de la casa á la hora de costumbre. Ella tenía los ojos encendidos; él la saludó sonriendo.

— ¿Estás contento?, le preguntó Camila.

— Sí.

— No parece sino que has olvidado ya que debes marcharte.

— Es que no me marchó, contestó francamente el joven.

— ¡Que no te marches!

— No; no pienso ir al servicio, añadió Carlos recalcando las palabras.

— Pues te meterán en la cárcel, dijo Camila mirándolo sobresaltada, porque adivinaba su intención.

— Si me dejo prender, murmuró Carlos mirando al espacio.

— Carlos, exclamó la joven dejando su labor, bromeas.

— ¿Que bromeo? Ya lo verás.

— No piensas en lo que estás diciendo. No me quieres. ¿De cuándo acá se te ha ocurrido esa idea?

— Siempre la he tenido.

— No es verdad.

— ¿Que no es verdad?, gritó Carlos volviéndose de pronto y echándola una de aquellas terribles miradas que hacían expirar la palabra en sus labios.

Camila volvió á sentarse, apoyó la frente en sus manos y dijo con voz humilde:

— Ten compasión de mí..., no me hagas sufrir... Dime que no dices la verdad.

El joven le puso cariñosamente una mano en la cabeza, pero la retiró en seguida y se quedó pensativo. También ella guardó silencio un rato, embebida en la meditación de la nueva desgracia que el propósito de Carlos le hacía prever; luego se levantó, y apoyando las manos con los dedos entrelazados en el hombro del joven, le dijo con suma dulzura:

— He comprendido lo que piensas..., y también sé quién te ha metido esa idea en la cabeza.

El joven hizo un ademán negativo.

— No lo niegues, Carlos; no quiero enemistarte con nadie; te lo digo solamente para darte á entender que no te creo capaz de pensar ciertas cosas. ¿Me quieres, no es verdad?

Carlos indicó que sí.

— Pues bien; si es verdad que me quieres, deberías pensar un poco en mí. ¿Serías capaz de dejarme sola? Porque de sobra comprenderás que no puedo irme contigo. Verdad es que puedes decirme que para marchar á ser soldado también habrás de dejarme. Ya lo sé, pero es cosa muy distinta. Si vas al servicio, sé dónde irás y también cuándo volverás; año más, año menos, si no ocurre alguna desgracia, es cosa segura; pero si partes por otro motivo..., adiós casamiento: ¿quién sabe cuándo podrás volver? Además, ¿adónde irás? ¡Ay Dios! No quiero pensarlo. Sería preciso que fueses á otro país; ya sé adónde

van; cruzan los montes; ya han ido por allí los que desertan, pero ¿y si los ven? He oído decir que todos acaban mal. Además, si lo hicieras por sostener á la familia, ya sabes que á Dios gracias, aun cuando no estuvieses aquí en algunos años, no sería una ruina; mas suponiendo que se te necesitase, si te vas fuera del país, no podrías hacer nada. Entonces, ¿por qué te quieres ir? Por el bien de los tuyos ó de mí, no...; pero conozco que lo has dicho por asustarme. ¿No es verdad, Carlos?

— ¿Sabes, respondió Carlos con sonrisa forzada y sin mirarla, que cualquiera diría que tienes gusto en que yo sea soldado? Di la verdad, ¿te complace?

— ¡Por Dios, Carlos! ¿Será posible que no puedas decirme una palabra sin lastimarme el corazón? ¿Todavía no me conoces? Desde que me diste la noticia, hace siete días, no he tenido un momento de sosiego, bien lo sabes; no he hecho más que llorar y desesperarme..., y luego, mírame la cara y verás cómo he cambiado; considera que no pienso más que en ti, que estoy siempre contigo, que apenas te veo contento me consuelo, y siempre que me dices una palabra triste cambio de color; y en recompensa de la vida que llevo, en lugar de animarme, de tenerme al menos un poco de lástima, ¿me dices que tengo gusto en que te vayas?

— No he dicho eso.

— Lo has dicho, y además... ¿Serías capaz de dudar de mí? ¿Quieres que te prometa que mientras estés ausente no miraré á nadie á la cara, ni siquiera un momento, como si no tuviese ojos? Soy capaz de hacerlo, y hasta de hacer un voto; ya verás, aún no me conoces. Soy capaz de venir todas las tardes á este sitio, cinco años seguidos, como si tú estuvieses. ¿Cinco años digo? Diez, quince te esperaré sin quejarme, sin faltarte en lo más mínimo, ni siquiera con el pensamiento, pero con tal que

yo sepa que sigues en el país, que no vas por el mundo como un desesperado, que nadie te busca y que cumples con tu deber. Puesto que todos van... Carlos, puedes comprender cuánto me cuesta decirte esta palabra, y sin embargo conozco que tengo el deber de decírtela, sin vacilar, más bien con cierta satisfacción, como si fuese la palabra de una oración; puesto que todos van, ve tú también.

Cuando estamos aferrados á un propósito, y en especial si el propósito es triste, cuanto más dulces y cariñosas son las palabras del que quiere persuadirnos lo contrario, más aumentan la obstinación y exacerban la resistencia.

— ¡Bah, bah!, dijo el joven encogiéndose de hombros; es muy fácil hablar, cuando se está en casa; pero conviene saber qué clase de vida es la que se va á llevar.

— No te impacientes, Carlos: bien sabe Dios que no supongo que sea una buena vida. Por mala que sea, no lo será todo lo que yo me figuro, pero de todos modos hay que tener ánimo. ¿Acaso sería mejor la vida que llevaras fuera del país? Ha habido otras muchachas que tenían relaciones con jóvenes que debían ir al servicio; conozco más de una y tú también. Pues bien; los jóvenes han partido, han estado muchos años ausentes y alguno ha ido á la guerra. Sus novias los esperaron; en todo aquel tiempo vivieron retiradas hasta que volvieron; se querían más que antes, se casaron, y ahora viven en paz y sin remordimientos. No creo que estarían tan contentos si hubiesen huído, aun en el caso de que hubieran podido volver. Y la vida del soldado no era menos mala entonces que ahora. Además, si fueses un hombre débil como Pedro, el hijo del panadero, que no ha podido resistir y dicen que ha muerto en una marcha, nada tendría que decir; pero eres robusto y no te encontrarás mal.

— Sí, sí, todo buenas palabras, contestó el joven con leve sonrisa; pero no vienen al caso: no hablo de las fatigas ni me asustan. Es este — y se golpeaba el corazón — el que no tiene inclinación á la vida del soldado. Yo no he nacido para servir. Los señores de aquí al lado me habían propuesto ir á la ciudad, pero ¡con qué condiciones! Ya has visto que no he aceptado: ¿qué quieres?, es mi carácter: no quiero trato con los superiores, es imposible. ¡Figúrate la esclavitud del soldado! Me gritan, respondo, y ya sabes lo que sigue. Sé la vida que se lleva, me lo han dicho y además todos lo saben; ve una vez á la plaza de armas y lo sabrás tú también. Conozco que si voy no vuelvo; no es vida para todos, tan cierto como que hay muchos que se matan de desesperación. Antes iré á trabajar en las minas, ó aquí á la fábrica de vidrio, donde uno se pasa todo el día delante de los hornos ó pierde la vista; iré adonde quieras, hasta á reventar; pero al ejército, no, no puedo, es inútil, soy así; el servicio no es para mí.

— ¡Servir!..., dijo tímidamente el joven; no sé; pero..., según lo que oigo decir y lo que á mí me parece, el soldado se fatiga y corre peligros; pero no sirve á nadie. ¿A quién sirve?

— ¡A todos!, gritó, ¡sirve á todos! ¡A quién sirve!

Camila estuvo callada un rato, y luego dijo á media voz y con inseguridad, como se dicen las cosas que se han oído decir más bien porque han quedado impresas en la imaginación que por haberlas comprendido:

— Sirve al rey.

— ¡Otra!, respondió Carlos buscando una contestación. ¡El rey! ¿Acaso está el rey siempre en el cuartel para hacer de protector? ¿Está allí para hacer justicia cuando á uno le maltratan sin razón; para mandar dar pan bueno cuando lo dan florecido; para hacer entender á los médicos, cuando nos curan,

que tenemos carne de cristiano? El rey no sabe nada de eso.

— No sé, pero también he oído decir que ser soldado es un honor.

— ¡Ay infeliz! ¡Un honor! El honor es para los que mandan, y llevan galones de oro y los bolsillos llenos de dinero; pero para el pobre campesino que va allí á romperse el alma, y luego si te he visto no me acuerdo, no hay honor que valga. ¿Sabes lo que es? El cepo, querida, eso es. Y además... (añadió bajando la voz y con acento muy significativo) tú no sabes qué vida llevan los soldados.

La joven se quedó mirándole incierta, como si no hubiese comprendido, y luego, bajando los ojos, murmuró:

— Me parece que el que quiere, puede pasarlo bien en todas partes.

— Siempre tienes una buena razón que dar. A todo te allanas y todo lo ves de color de rosa.

— Y tú no lo verías todo tan negro, respondió Camila con cierta vivacidad, si no hubiese aquí quien te lo hiciera ver así.

— Ya sé á quién te referes: no es cierto, y no digas una palabra más.

— Entonces, ¿cómo quieres que hable?, dijo la muchacha con voz en la que se notaba el temblor de la indignación, en tanto que se le hinchaban las venas del cuello blanco y fino. Te digo lo que siento, lo que me dice el corazón, lo que me parece ser para bien tuyo, y tú te enojas. ¿Quieres que te diga por fuerza lo que piensas? ¡Mándame, amenázame! Pero no me lo harás decir con el corazón, ni lo diré nunca...; me repugna, no puedo.

— Pues bien, contestó Carlos con voz que parecía tranquila, pero con una cara que la estremeció; iré, te lo prometo, iré; pero... escúchame bien, te lo digo de antemano y ten por se-

guro que cumpliré mi palabra: yo no soy de los que se dejan poner el pie en el pescuezo; tengo sangre en las venas, ya me conoces: pues bien, la primera vez que un superior cometa conmigo una violencia ó me insulte ó me ponga la mano encima, aunque estemos en la plaza de armas, ó en medio de la calle, en presencia de cien personas, de ti, de tu cura, de tus parientes, del mismo demonio, tan cierto como hay Dios, le abro la cabeza de un culatazo, y que suceda lo que quiera.

Camila se tapó la cara horrorizada; él la miró de soslayo, con esa mirada de complacencia bestial que mide la herida abierta con la palabra; pero casi al punto, por una de esas mudanzas del corazón que no son raras en tan violentas naturalezas, se conmovió al ver á aquella pobrecilla que sollozaba como si se le quisiera partir el pecho.

— ¡Camila!, dijo con acento cariñoso.

— Sí, replicó ella sollozando; quiera usted á un joven, entréguele por completo el corazón, sufra usted, tiemble, consúmase por él, y todo esto con la esperanza de que, cuando se encuentre en una situación difícil, le proporcione el consuelo de ver que necesita de usted, que le puede ser útil, animarlo; sí, hágase usted ilusiones; llegará el momento, hará usted lo posible por persuadirlo á que no falte á sus deberes, y entonces, en recompensa del afecto que se le tiene, le contestará que quiere ser... — y añadió en voz más baja — ¡un asesino! — y rompió á llorar con más fuerza.

Carlos se inclinó y la tomó una mano, y ella aprovechó aquel momento para decirle con voz suplicante y cogiéndole por un brazo:

— ¡Prométeme que irás!

— ¡Camila!, gritó el joven soltándose y alejándose rápidamente: ¡soy un desgraciado!

Camila quiso detenerle, pero Carlos desapareció, y entonces ella bajó la cabeza llorando.

En esto, la sobresaltó el sonido de una vez alegre y cariñosa que decía:

— ¿Qué te pasa?

— ¡Ah! ¡El señor cura!, exclamó Camila. A tiempo llega, le necesito; es muy bueno y se lo diré todo y me dará valor; ¡loado sea Dios!

Y corrió al encuentro del anciano sacerdote con la confianza y la serenidad de una niña.

IX

Carlos y Marcos se encontraron dos horas después en una calle del pueblo.

— He pensado una cosa, dijo Marcos. ¿Sabes en qué manos te has de poner para ese negocio?

— ¿Qué negocio?

Marcos hizo un ademán para indicar un país lejano.

— ¿Has entendido?.. Pues bien, ¿sabes á quién has de acudir si quieres salir bien? ¿A que no lo aciertas? No serás el primero que ha pasado por ese camino..., pero especialmente ahora que la cosa está más enredada: si él quiere, se escriben unos á otros de parroquia en parroquia, y te encuentras en salvo antes que lo adviertas. Debes ir á verle, cuéntale lo que te pasa, y sonsácale, pero sin arriesgarte. Si ves que cede pronto, ya lo sabes, al hierro caliente, batir de repente; si se hace el sueco, no es más que una ficción para no ser el primero en comprometerse; si se niega, lo dejas, es muy caballero y no te denunciará; lo peor será no haber conseguido nada.

— Pero ¿de quién hablas?, le preguntó Carlos.

Y Marcos hizo alrededor de la cabeza un ademán burlesco que quería significar un sombrero de cura.

X

El cura, á quien los vecinos del pueblo llamaban familiarmente D. Luis, era un anciano de setenta años, bajo y nervioso, con dos ojillos vivísimos, que leían en las almas como en un libro impreso, según decían las beatas; buen hombre y buen sacerdote, indulgente en el confesonario, de cordial humor en la mesa, de rostro colorado, blancos cabellos y de opiniones políticas tricolores, parecido en el género de vida y en su modo de ser á los demás curas de aldea, los cuales le distinguían por cierta aptitud para la literatura, de la que años atrás había dado pruebas escribiendo muchos sonetos dedicados al arzobispo y alabados por un periódico de la provincia como «flores de buena poesía no menos recomendables por la nobleza de la forma que por la robustez de los conceptos.» La mirada llena de benevolencia y la voz dulce templaban la severidad de sus facciones y la rigidez de su porte que le daban el aspecto de un comandante jubilado. Era franco y afable con todos, y todos le querían, en especial Camila, que tenía mucha familiaridad con él, porque viviendo cerca de la iglesia, tenía ocasión de verle y hablarle con frecuencia. Por esto corrió á decirselo todo, lo de la quinta, lo de los designios de Carlos y sus temores, suplicándole que procurase inducir al joven á mudar de parecer si no quería verla morir de dolor. El cura le prometió hacer cuanto pudiera, y añadió que él mismo buscaría á Carlos antes de la noche.

Una hora después Carlos llamaba á la puerta del cura.

Aún no sabía lo que le diría, ni siquiera había pensado en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO